

Homilía de don Adriano Bregolin 27 de febrero 2014

Queridísimos hermanos:

La Palabra del Evangelio de hoy nos propone una reflexión acorde con el tema de nuestro Capítulo General: la radicalidad evangélica. En efecto, todo lo que el Señor dice a sus discípulos es una invitación a asumir con plena conciencia y radicalidad el camino del seguimiento del Maestro. Más en concreto, Él trata de hacerles conscientes de lo que es necesario para ser discípulos fieles de su persona, del Señor.

Elementos de reflexión

En tiempos de Jesús, los maestros de la ley, con el peso de su autoridad y con la amenaza de sus excomuniones (cfr Jn 9,22; 12,42), intentaban impedir a las personas sencillas que siguieran a Jesús. El escándalo del que habla el evangelio, es todo aquello que impide a alguien seguir a Dios para alcanzar la salvación. Al hombre que desvía a otros de la fe en Cristo más le convendría, según la palabra de Jesús, que fuese arrojado al mar con una pesada piedra al cuello. Antes que hacer que uno solo pierda la fe, más le convendría morir.

Semejantes frases no hay que tomarlas como sentencias de condena directa e inmediata, sino más bien como expresiones que sirven para entender mejor la profunda negatividad de una acción semejante.

Al aplicar estas palabras de Jesús sobre el escándalo, la comunidad cristiana no pretendió limitarlas solo a los niños, sino a todos los fieles de la comunidad que vivían tentados a renunciar a la fe. Siempre es algo extremadamente grave, poner en serio peligro o destruir la fe en el corazón de los sencillos

El conjunto de afirmaciones sobre los miembros del cuerpo que se convierten en ocasión de caída moral, da a entender la radical exigencia de Jesús desde el punto de vista ético. Para él el asunto de la salvación es de tal gravedad, que exige hacer cualquier esfuerzo con tal de entrar en el reino de Dios (cfr Lc 13,24). Cuando está en juego nuestra salvación no puede uno contentarse con medias tintas.

“No entrar en la vida”, “no entrar en el reino de Dios” significa el fracaso del fin último de la vida, el no entrar en la vida eterna de Dios: el fracaso total de la existencia, es convertirse en “deshechos” que hay que llevar al basurero para quemarlos, por inservibles, incómodos y malolientes.

Es una invitación urgente a descubrir la absoluta importancia de seguir a Jesús para no perder irremediamente el don de la vida presente y futura.

“Convertíos vosotros en sal”. Como en Mt 5,13, esta frase va dirigida a los discípulos; ellos deben purificar el mundo sin dejarse contaminar por él. La sal se interpreta, pues, como símbolo de todo aquello que se opone al espíritu del mundo y que favorece la paz en la comunidad: el espíritu de servicio, la atención a los demás, la estima recíproca, la renuncia a uno mismo y al propio deseo de grandeza y de poder. Todo esto ha sido propuesto después del segundo anuncio de la Pasión y Resurrección.

Hay una gran coherencia entre lo que Jesús revela sobre su Pasión y lo que exige a los Doce. La moral cristiana nunca se debe enseñar por sí misma, sino como una participación en el modo de ser de Jesús.

“Estad en paz unos con otros”. Es una alusión a la disputa (Mc 9,33-34) que había originado esta segunda parte del capítulo. El amor fraterno excluye actitudes de rivalidad en el servicio del Evangelio.

Aplicaciones a la vida

La primera regla de una comunidad cristiana es la ayuda mutua: por eso nuestra comunidad salesiana debe ser lugar de acogida, de participación y de fraternidad. Creemos en la importancia de una figura de superior que sea signo del Señor presente entre nosotros, pero las relaciones entre nosotros no pueden ser jurídicas o jerárquicas. La profecía de nuestra fraternidad pasa a través de relaciones fraternas y personales en todos los sentidos. Nuestra comunidad para que sea profecía de fraternidad debe ser un lugar de don y de comunión real.

¡Para ser verdaderamente discípulos de nuestro Maestro, el fundamento y la lógica de nuestra vida no puede ser más que el servicio! Por esto nuestra comunidad debe colocar en el primer puesto (entre los hermanos y más aun entre los destinatarios) a quien es pobre: al débil, al indefenso, al frágil en la vida y en la fe. La caridad y la misericordia, la paz y el buen ejemplo mutuo, valen mucho más que la “verdad” teórica, a la que, a veces, se sacrifican las personas.

En efecto, la única verdad es el amor concreto y el servicio es la opción y la actitud que le ayudan a desarrollarse.

Es obvio que nuestro testimonio y nuestra vida de discípulos van orientados a aquellos pequeños que son nuestros destinatarios. Los jóvenes. Estos respiran nuestro modo de ser y asimilan o no nuestras convicciones.

Debemos evitar el escándalo que no es necesariamente una conducta incorrecta, sino también la falta de compromiso y de crecimiento, la pereza en la misión o la frialdad en las relaciones... Todas aquellas actitudes que dan a entender que nuestro espíritu se ha apagado y que la vocación no es un hecho dinámico, sino un episodio de un tiempo. Todo esto bloquea y esteriliza una comunicación fraterna y convierte en algo vacío nuestro anuncio de fe. ¡Ay de nosotros!

Pidamos al Señor adherirnos a su Palabra con la vida y anunciar su Palabra con un amor concreto vivido en la profecía de la fraternidad y en el servicio a la misión.

Don Adriano Bregolin